

das cayó Gracian mortalmente herido exclamando al dar su último aliento:

—*Oh buen Jesus, perdonadme, Señor! (1)*

—Dios tenga misericordia de tí, pronunció su contrario descubriendo la cabeza, yo te prometo fundar un aniversario por el descanso eterno de tu alma.

Y envainando su acero y acomodándose la capa sobre los hombros, fuese á entrar por una pequeña puerta del alcázar que le fué abierta apenas se dió á conocer.

Todas las armas se bajaban á su paso; todos los servidores de palacio, nobles ó plebeyos, se humillaban en su presencia. Por estas demostraciones conocerá el lector, si no lo ha sospechado antes, que el soldado á quien hemos visto razonando amigablemente con personas de tan mala condicion, era don Pedro de Castilla.

El capitán de ballesteros acudió á recibir las órdenes del rey.

—Inmediatamente, le mandó, acompañado de veinte hombres de armas vé á la hostería de la puerta de Vallecas, y allí reducirás á prision á tres bandidos que esperan á Gracian, el pariente de Ramirez. Mañana á la misma hora en que se verificó el crimen contra éste, serán ahorcados frente al cubo de la Almudena en compañía del malandrín vestido de negro que fué preso ayer tarde.

De paso recogerás el cadáver de un hombre que yace tendido frente á la iglesia de Santo Domingo, y dispondrás se le dé sepultura.

La voluntad del monarca se ejecutó puntualmente.

Al otro día la muchedumbre, aun no bien enterada del delito, presencié el escarmiento.

Desde entonces el bodegon donde asistía don Pedro encubierto llevado de su inclinación á consultar por sí mismo la opinión pública, disfrutó el privilegio de autorizar el dintel de su puerta con una cadena, distintivo de haber entrado por ella un soberano, por cuya razón se le empezó á denominar con el nombre de *Bodegon de la Cadena*. Así continuó hasta que dicho símbolo cayó en desuso á consecuencia de nuestras reformas políticas. En el día existe aun señalado con el número 35 en la calle del Leon, de la que entró á formar parte cuando las sucesivas ampliaciones de Madrid hicieron derribar la cerca á cuya inmediación estaba.

Ramirez, felizmente curado de su herida, se reunió á su esposa é hijo, descubierto el paraje donde éste yacía secuestrado, por las declaraciones de los salteadores. Cuando los auxiliares del bastardo fratricida don Enrique, vinieron á combatir la villa con fuerzas muy superiores, contribuyó Ivan en compañía de los varones mas ilustres de ella, á la memorable defensa que opuso la población al usurpador, en castigo de la cual fué privada de la mayor parte de su término, y murió en el alcázar por la causa del legítimo soberano. El jóven Ramirez, siempre fiel á las banderas de don Pedro, ya á las órdenes de don Fernando de Castro, ya á las del duque de Lancaster, yerno de aquel príncipe, llegó á ser uno de los magnates de Castilla al subir al trono doña Catalina, nieta del rey justiciero.

DIONISIO CHAULIÉ.

(1) Hace algunos años se leían estas palabras grabadas en piedra en un ángulo entrante que formaba la fachada occidental del convento. Posteriormente se construyó una casa pequeña en este sitio, y dos losas donde estaban esculpidas se trasladaron á la porteria del monasterio y al portal del nuevo edificio. En la actualidad ni aun este recuerdo existe.

SEGUNDA SERIE.—1864.

DE LA NOBLEZA Y LAS SUBLIMES DOTES

DEL BELLO SEXO.

Escritores muy eminentes han entretejido guirnalda de laurel y mirto á las mujeres, y han demostrado con selecta erudición, engalanada de todas las flores de la elocuencia, la nobleza del bello sexo, colocando en primer término á una multitud de mujeres, que han sobresalido por sus virtudes sociales, por su literatura y hasta por su valor. Un ilustre italiano, llamado Boccaccio, fué uno de los primeros, entre los sábios de la edad media, que dió realce al bello sexo con su elegante pluma; otro escritor alemán, llamado Cornelio Agripa, á quien sus contemporáneos calificaron de hechicero, porque su elevado ingenio y sus conocimientos profundos le distinguían de todos los demás, escribió en el siglo XV una disertación peregrina y curiosa sobre la nobleza del bello sexo, colocándole en un puesto muy preferente al del hombre; en el siglo pasado un escritor francés, muy célebre, llamado Thomás, escribió también sobre el espíritu de las mujeres, y en nuestra época el bello sexo ha suministrado materia de trabajos eruditos y curiosos á una multitud de escritores, cuyos nombres dejamos de apuntar por amor de la brevedad. Nosotros, pues, aprovechándonos de todas las ideas, que han emitido sobre el particular tantos sábios preclaros, y añadiendo algo de nuestro propio fondo, vamos á tratar este mismo tema.

Todas las criaturas humanas, sin distinción de sexo, tienen un alma racional y formas corpóreas, cuyo conjunto no se diferencia por su naturaleza. Es, pues, un absurdo suponer que el bello sexo esté colocado en un puesto inferior al del hombre. Muchos escritores, sin embargo, creen que este último es esencialmente mas noble por haber sido creado primero por la Divinidad: aserto fútil, infundado y hasta ridículo, porque sabemos que muchos brutos aparecieron en la tierra antes que el hombre, y sin embargo no ha ocurrido á nadie hasta ahora sostener que haya bestias irracionales, que venzan por su nobleza á la humana estirpe. El hombre se distingue por su fuerza, por sus facciones viriles, por la facilidad con que emprende trabajos áridos y espinosos; pero no se distingue por aquella belleza encantadora, por aquella delicadeza de afectos, por aquellos sentimientos de piedad, que son dotes inseparables del bello sexo. ¿No es un error lógico, por lo demás, suponer que el hombre sea un ser mucho mas perfecto que la mujer, á quien debe principalmente su existencia? Si así fuese, nos veríamos obligados á convenir en que hay efectos mas nobles y apreciables que sus causas, lo que tiene visos de inconsecuencia y absurdo.

Los vicios de que adolecen algunas mujeres han dado pábulo á la maledicencia de los hombres descontentadizos ó poco discretos, que han descargado las flechas emponzoñadas de una sátira amarga contra el bello sexo; pero estos *insignes varones* ¿por qué blasfeman contra las mujeres, que con mucha frecuencia se separan del buen camino por la malignidad de los hombres, que ponen en juego los artificios de la mas vil seducción para que una mujer dé oído á sus insinuaciones, consejos ó deseos perversos? No exclamemos, pues, contra el bello sexo y sus desórdenes sin examinar primero á nosotros mismos, que somos muy á menudo la causa de sus

AÑO XXII. 2

graves culpas, ó de cierta ligereza que merece la desaprobación de los hombres cuerdos. No olvidemos, además, que nuestra sociedad nota, con manifiesta injusticia, las faltas mas pequeñas del bello sexo y disimula las de los hombres, aunque muy graves, y luego falla que á estos están permitidos aquella desenvoltura, aquella libertad, aquella franqueza, que se consideran en el bello sexo como indecorosas y poco convenientes; y por último, nuestra sociedad brinda cada vez mas á los hombres con sus adulaciones, y les ofrece nuevos motivos de vituperar al bello sexo, que se vé espuesto á la calumnia y á una censura exagerada sin defensas ni fuerzas bastantes para rechazar los asaltos de sus enemigos, porque si una mujer manifiesta con amargo y ágrío sentimiento su pesar y su ira contra los que la calumnian, todos los demás hombres la califican de señora poco comedida; y dicen que habla en defensa del bello sexo y de sí misma, con tanto ardor y frases violentas, porque fieros remordimientos agitan su alma.

Otros muchos, que pretenden blasonar de eruditos y de hombres discretos, y hasta respetuosos hácia el bello sexo, dicen: «Si es cierto que ambos sexos son iguales en nobleza, y que poseen, sin distinción ninguna, las mismas facultades físicas y morales ¿por qué Dios dijo que el hombre tendría un dominio de superioridad sobre la dulce compañera de su existencia? Este raciocinio, que parece á primera vista fundado en las palabras de la Sagrada Escritura, está muy lejos de probar la inferioridad del bello sexo, porque su justa interpretación no es la de que Dios formó á la mujer para ser esclava del hombre, sino que quiso darnos á entender que pertenece á este último la defensa, la protección y el cuidado de la compañera que le dió para su consuelo y alegría. El hombre, pues, no es su señor, sino su sosten y apoyo, porque el bello sexo, destinado á cuidar con especialidad de la economía doméstica, de la educación de los hijos en su primera infancia, y dotado de un carácter muy dócil y compasivo no puede tener en sus manos ni los medios ni los recursos, ni la posibilidad de marchar tan resueltamente por el camino de la vida como el hombre, que tanto por su constitución física, como por las ventajas que le ha prodigado el orden político de la sociedad, puede ejercer solo y con mas plenitud todos sus derechos y sus funciones sociales.

Algunos, llevados de un mal entendido orgullo, dicen, á fin de probar que el bello sexo está colocado en un grado inferior al nuestro, que no se confían á las mujeres los cargos públicos de mayor entidad, y que éstas no van al foro para defender ó reivindicar los derechos de dos partes contendientes, ni ejercen el arte saludable de la medicina, ni las funciones del sacerdocio, ni capitanean los ejércitos ó las armadas. Todas estas razones, aunque parecen fundadas en la experiencia, son ridículas, fútiles é insubsistentes. Las mujeres no van al foro, ni ejercen la medicina, porque su modestia las prohíbe presentarse en las grandes concurrencias, y ejercer el desempeño de profesiones, cuyas obligaciones ofenderían su pudor. Pero, á pesar de esto, ¿no tenemos ejemplos en la historia, que con rara y sublime excepción nos prueban la mucha habilidad de las mujeres en el ejercicio de las profesiones, que se creen exclusivas del hombre? En Bolonia, noble ciudad de Italia, y famosa por su antigua universidad, ¿no dió lecciones de derecho civil con gran lucimiento la hija del jurisconsulto Irnerio? En Alejandría de Egipto, ¿no dió lecciones de filosofía, y no explicó

las doctrinas de la mas elevada metafísica una mujer, llamada Hipatia, que á pesar de ser pagana descolló, no tan solo por su sabiduría, sino tambien por su modestia? En la historia de la medicina, ¿no tenemos un crecido número de mujeres, que se han distinguido por sus profundos conocimientos en este ramo tan delicado de la humana sabiduría, y en otros muchos, como nos lo ha dejado escrito Ariosto, uno de los vates mas eminentes, cuya fama resuena en uno y otro hemisferio, y segun lo han confesado ilustres autores, que ajenos de toda preocupacion han sabido apreciar las sublimes dotes del bello sexo? Vamos á insertar los elegantísimos versos del mismo Ariosto, traducidos al castellano con fidelidad y elegancia por Ieronymo de Urrea, poeta del siglo XVI, que se distinguió por la pureza de su lenguaje, y cuya ortografía no hemos querido variar por el profundo respeto que nos inspira su nombre:

Damas antiguas admirables cosas
Han hecho en musas y en armas celebradas,
Y de sus obras bellas gloriosas
Andan todas regiones alumbradas.
Arphalice y Camila son famosas
Porqu' eran en las armas muy usadas;
Corina y Sapho entre estas bien florecen
Ilustran para siempre y resplandecen.
Mujeres excelentes han venido
En cualquier arte que el ingenio apura.
Y quien habrá en historias bien leído
Verá su fama andar clara y no oscura.
Si el mundo un poco tiempo ha carecido,
No siempre el mal influjo veis que dura,
Y quien esconden tanto sus honores,
La envidia é ignorancia de escritores.
Bien me huelgo de ver ahora en suma
Tanta virtud en dueñas y en donzellas,
Que dar bien pueden obra á toda pluma
Porque en años futuros sepan de ellas.
.....
.....

Los últimos dos versos de este ilustre vate nos traen á la memoria el nombre de otras mujeres esclarecidas, que han descollado por su talento en tiempos muy recientes, y que dejaron un nombre imperecedero en la historia, como madama de Sevigné, que fué una respetable matrona, el modelo de las madres, y de quien tenemos una coleccion de cartas, que manifiestan viveza de ingenio, elegancia de estilo y una envidiable facilidad en expresar sus pensamientos cada vez mas delicados. ¿Quién ignora la vasta erudición y los conocimientos profundos de madama Staël? ¿Quién ignora sus obras filosóficas sobre la Alemania; sus Reflexiones políticas sobre la revolucion francesa de 1789; sus dos novelas de distinto género, la *Corina* y la *Delfina*; entrambas dignas de las plumas mas eminentes de un verdadero genio? (1) Napoleon el Grande, á pesar de que fingia descono-

(1) Merece ocupar estas columnas la anécdota, que vamos á referir. En un gran convite diplomático, tenido en Londres, el principe de Talleyrand estaba sentado en medio de dos damas, la baronesa Staël y una princesa francesa. Conversando amistosamente los tres, se habló de los riesgos, que se corren con frecuencia en los largos viajes marítimos: la Staël dijo: «Esto es cierto; pero si viajando los tres nos cogiera una gran tormenta, y próximos á naufragarnos, el señor principe pudiera salvar únicamente á una de nosotras dos ¿á quién daría la preferencia?»—Talleyrand contestó: «Ah señora, vd. me hace esta pregunta porque sabe nadar!» Este chiste no deja de tener un tinte muy mali-

cer el mérito de esta mujer, dió pruebas manifiestas de que su elevado talento y su enemistad le daban motivos de recelo. Pero, ¿qué diremos ahora del ingenio peregrino de otra mujer, que floreció en los primeros años del presente siglo, y que supo colocarse en el escaso número de los astrónomos mas distinguidos por algunos de sus descubrimientos? Esta mujer, que fijó sus miradas en la bóveda celeste y en la inmensidad del firmamento, por qué la pareció tal vez, que el globo, que habitamos, ponía límites muy estrechos á los vuelos de su mente; esta mujer fué la hermana del célebre Herschell, y su inseparable compañera en todas las observaciones mas trascendentales de la astronomía. En los fastos literarios de España figuran tambien muchas mujeres ilustres por su talento y lo vasto de sus conocimientos; pero nosotros, en atención á que los límites muy reducidos de un artículo de periódico nos obligan á pasar por alto los nombres de un crecido número de ellas, nos contentamos con apuntar los de las mas célebres en los anales de nuestra historia patria. Ana Cervaton, natural de Castilla, y dama de honor que fué de la reina Germana de Fox, segunda esposa de don Fernando el Católico, fué muy docta y discreta; prendas que en la corte la adquirieron el nombre de singular. En las cartas de Lucio Marineo Siculo, escritas en latín á esta dama, pueden leerse en la misma lengua las respuestas que tuvo de Ana Cervaton por los años de 1512: su elegancia atestigua la mucha perfeccion con que la poseía. Antonia de la Cerda, mujer que fué del capitán Antonio Pereira, su primo, aprendió las lenguas latina, griega y siríaca, en las que hizo grandes progresos; se dedicó á una continua lectura de la historia sagrada y profana, y hubiera hecho mayores adelantos á no habérselo impedido la muerte en 4 de julio del 1686, contando 16 años de edad. Feliciano Enriquez de Guzman, natural de Sevilla, y dotada de clarísimo ingenio, se distinguió en gran manera entre las mujeres de su siglo, y nos ha dejado una tragi-comedia, titulada: *Los jardines y campos sábios, primera y segunda parte*, en Coimbra, 1624 y Lisboa, 1627.

Nada diremos de las mujeres ilustres, nuestras contemporáneas, tanto extranjeras como nacionales, porque corresponde á los sábios venideros fallar acerca de su mérito. Pero lo cierto es que las mujeres han ocupado en todas las épocas un puesto muy preferente por sus bellas dotes, y que se las ha comparado, con sobrada justicia, á cuanto de mas hermoso nos ofrece la naturaleza, como se espresa en estos versos:

Comparadas
Son á las perlas preciadas,
Y margaritas preciosas,
Y á las yerbas olorosas,
En los jardines criadas.
Y á las flores
Adornadas de colores,
Y al alba clara y serena,
Y á la linda luna llena,
Y al sol en sus resplandores,
Y á los prados
Floridos y nunca hollados,
Y al verano sin estío,
Y al delicado rocío

cioso y picaresco, si no queremos perder de vista la circunstancia de que la Staël era muy fea, al paso que la princesa su compañera se distinguía por la delicadeza de sus formas encantadoras.

De los campos apartados,
Y á las aves.
Que con sus cantos suaves,
Y sabrosas melodías,
Hacen mas dulces los dias,
Y las noches menos graves:
Tales son,
(Haciendo comparacion)
Las mujeres de valor,
De quien mana á Dios loor,
Y al mundo consolacion.

Los que quieran admirar en todo su lustre y brillo las dotes sublimes del bello sexo, su valor, su generosidad, sus sentimientos profundamente religiosos, su heroica abnegacion, podrán leer la historia de las mujeres ilustres de la Sagrada Escritura; obra muy conocida entre nosotros, y que parece haber sido escrita para confusion de los perversos, que calumnian al bello sexo y á la religion. Los que quieran además formarse una idea de los afectos generosos y delicados de las mujeres, durante la época mas terrible de la revolucion francesa, que estalló en el año de 1789, podrán recorrer los versos elegantes y patéticos, que nos han dejado sobre el particular Legouvé en su auréo libro, titulado: *El mérito de las mujeres*. En esta obra podrán observar los lectores los rasgos de un sublime heroismo y de una ternura envidiables bajo todos conceptos.

En la historia de la Grecia moderna, que ha reivindicado con tanto arrojo su independencia, no figura en primera línea una mujer llamada Bubolina, que peleó contra los turcos, y que vió caer muertos á su lado á dos de sus hijos sin manifestar turbacion ninguna y siguiendo el combate? Los que hayan recorrido la historia antigua ignoran tal vez que en la última destruccion de Cartago las mujeres pelearon al lado de los hombres con indecible valor, y que por último se arrojaron á las llamas para no caer en las manos de los enemigos? En los primitivos siglos de la Iglesia figuran tambien las mujeres en la gerarquía eclesiástica, como las diaconisas, que tenían el honroso oficio de bautizar á las de su sexo: y si las mujeres no han sido nunca llamadas á ejercer el sacerdocio, esto debemos atribuirlo, no á la inferioridad de su sexo, sino á la aparicion del Mesías, que se revistió de las mismas formas que tuvo Adán, porque fué la primera de las criaturas, y el que se dejó seducir y halagar con la idea perversa de un pecado horrendo contra el espreso mandato que habia recibido de la Divinidad.

Las mujeres, pues, no fueron condenadas por la naturaleza, como suponen sus calumniadores, á cuidar tan solo de la economía doméstica, ni el Todopoderoso las destinó á ser esclavas del hombre, sino á ser sus compañeras y consoladoras en las aflicciones y amarguras de la vida. Pero los que pretenden á toda costa sostener con argumentos capciosos, que las mujeres ocupan un puesto inferior al del hombre, ¿no ven su opinion desmentida por uno de los hechos mas palpitantes, si quieren reflexionar en que tanto las leyes humanas como las divinas han sancionado que pueden ejercer la regia autoridad tambien las mujeres, constituyéndose en señoras de pueblos enteros, y teniendo bajo su mando y dependencia á los hombres, que desempeñan los cargos mas espinosos y difíciles? Si esto es cierto ¿cómo puede suponerse que las mujeres, llamadas á empuñar el cetro y á ejercer una autoridad suprema en vastos reinos, son sin embargo naturalmente inferiores á los hombres? No queremos

además pasar por alto en honor del bello sexo, que la historia de todas las épocas nos enseña que muchas de las mujeres que han ocupado el trono, se han manifestado en la política mas versadas y profundas que otros soberanos de su época, dando mucho lustre á su corona, como diremos en otro artículo.

SALVADOR COSTANZO.

(Se continuará.)

LA CAPILLA RUSA EN PARIS.

Y EL PRIMER MATRIMONIO DE LA ESTACION.

Los primeros en volver de Baden, de Ems, de los Pirineos, de Escocia, (viaje muy á la moda), del Oriente y de San German, son los extranjeros. Desde que soplan los primeros



Vista de la iglesia rusa en Paris.

vientos frescos y caen las primeras lluvias, arreglan sus maletas y se vuelven á París: encuentran muy agradable dejar el campo para ir á disfrutar de las comodidades de la ciudad. Así, la crónica de invierno debe empezar por los estranje-

ros, en el momento mismo en que empiezan á encenderse las chimeneas. Para lo que vamos á contar vamos á remontanarnos algunos años atrás.

Sin duda nuestros lectores han oído hablar de Schamil;

ese Garibaldi del Cáucaso. Schamil ha sido el hombre del hipódromo; ha habido telas á la Schamil, mantones á la Schamil; y el dar nombre á un sombrero ó á un manton es el grado supremo de la gloria humana. Schamil, pues, hacia á la Rusia una guerra terrible.

Cierto día, uno de sus circasianos, su mozo de caballos sin duda, le anunció que un jóven deseaba absolutamente hablarle. Schamil, como notenia antesalas, mandó que entrase inmediatamente el jóven, que estaba tiritando de frio fuera por la mucha nieve que caía. El jóven entró. Schamil se sorprendió bastante, y un movimiento de desconfianza le hi-

zo echar mano á su alfanje. Comprenderáse este gesto cuando se sepa que el jóven era un príncipe de una tribu vecina, el príncipe B***, cuya familia había asesinado el emir de los circasianos. La Rusia había recogido y educado al huérfano.

—¿De dónde vienes? le preguntó el emir.

—De San Petersburgo.

—¿Qué vienes á hacer aquí?

—El batirme bajo tus órdenes.

—¿Porqué?

—Hace algunos meses que Ems....

—¿Y qué es eso de Ems?



Interior de la iglesia rusa en Paris.

—Un sitio donde se beben aguas para la salud.

—Eso está conforme á las leyes de Mahoma. Continúa.

—Hice conocimiento allí con una encantadora jóven, que volví á encontrar en San Petersburgo algun tiempo después. Es rusa.

—Hay mujeres rusas que no son del todo malas.

—La amé y pedía su mano. Su tío (no tiene mas que un tío) me la negó.

—¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Sí. Ese tío es mayor de un regimiento ruso recientemente enviado en observacion á estas fronteras.

—Comprendo, dijo Schamil tosiendo y acariciando su barba; tú quieres matar al tío para casarte con la sobrina: la idea no es mala.

—No; no quiero matarle, sino hacerle prisionero y á fuerza de generosidad obligarle á la gratitud.

—Eres muy niño.

—En definitiva, vengo á suplicaros si me permitiereis servir en vuestras banderas hasta el momento en que haya cogido á mi hombre, y desde entonces quedar libre.

Schamil reflexionó un instante.

—Como quieras, le dijo.

Al año siguiente aun el tío recalcitrante no había sido hecho prisionero; al contrario, había contribuido á la prision de Schamil, empero nuestro jóven se había escapado con un peloton de caballería, y continuó haciendo la guerra. El último verano, informado de que el regimiento del tío debía ser llamado al interior del imperio, intentó un golpe desesperado que le salió bien. El mayor le rindió su espada. A la mañana siguiente, mientras todavía dormía el prisionero, el circasiano reunió sus soldados de caballería, y recordándoles de la manera que había entrado á servir en sus tropas, se despidió de ellos y les designó un jefe para sustituirle. Despues hizo levantar al mayor, y se marchó á pié con él.

—Aquí teneis vuestra espada.

—¿Para qué?

—Soy vuestro prisionero; llevadme al campo ruso.

Llegados al campo moscovita, el príncipe B*** fué nombrado teniente de los ejércitos del Czar, y hace poco se casaba con la sobrina del mayor en París, en la capilla rusa. Ella le había aguardado.

Esta capilla rusa, cuyo dibujo exterior é interior damos á nuestros lectores, es una alhaja bizantina. Se halla situada en la calle de la Cruz, y es bastante parecida á una iglesia católica. Una de las cosas mas notables de ella, es una elevada barandilla que separa el coro del resto de la capilla; de manera que los asistentes no ven á los sacerdotes oficiando en el altar, sino á través de los adornos y calados de la barandilla. No hay sillas ni bancos en esta capilla; todo el mundo tiene que estar de pié. Allí concurre la embajada rusa, y toda la aristocracia de esta nacion que habita en París. Tambien van algunos obreros, y no hay ninguna línea de demarcacion que separe á los grandes de los pequeños: todo en aquella iglesia, está bajo el pié de la mas completa igualdad.

Las mujeres, todas vestidas de baile, cubiertas de diamantes y de flores, muy descotadas, asistian allí. Vefanse las princesas mas notables rusas que se hallan en París. El oficiante era archimandrita de Constantinopla que se hallaba accidentalmente en la capital de Francia y estaba asistido de los metropolitanos Mr. Basileff, conocido por su intimidad con el emperador Nicolás, y Mr. Orloff.

El oficio se celebra en griego; los asistentes permanecen todo el tiempo en pié; solamente en algunos momentos se hacen profundas genuflexiones, y algunas personas llegan á besar la tierra: de tiempo en tiempo los oficiantes entran en la capilla é inciensan á los asistentes.

El Evangelio se dice en ocho lenguas; en ruso, en griego, en slavo, en francés, etc. Todas las ceremonias y los ornamentos de los sacerdotes se parecen bastante á los nuestros, pero se han conservado mas fielmente las formas bizantinas, que recuerdan el Oriente. Las dalmáticas de los oficiantes son de telas mágicas, cuyo secreto poseen los orientales, y mezclan á su trama maravillosa el oro, la plata, flores imposible casi de hacerse.

Así es que se puede decir que estando en París, sin salir de él, se puede hacer un viaje á Rusia, de la misma manera que se puede viajar á Italia, España, Alemania é Inglaterra, sin salir de puertas asistiendo á sus templos.

La novia estaba puesta con una elegante sencillez. Llevaba un vestido de crespon blanco sin adorno alguno y en sus finos y lustrosos cabellos tenia una corona de flores de plata, cuyos destellos le daban la apariencia de plumero. Tal vez

era la única mujer de cuantas allí había presentes, que tenia alguna distraccion; miraba de tiempo en tiempo á un jóven de color tostado y de fisonomía caracterizada; era una mezcla de energía y de afabilidad. Tenia la frente inteligente, el labio un poco grueso y sensual y la nariz, de una estremada movilidad, anunciaba la viveza y la pasión. Su aire elegante realzaba por el brillante uniforme ruso. Aquel jóven era el antiguo enemigo de la Rusia, hoy su doble vasallo. Se casaba con la jóven á la cual había consagrado su vida, y por la que, segun hemos referido, había pasado al campo de Schamil.

CUADRO DE COSTUMBRES BRASILEÑAS.

I.

EL EMPERADOR DON PEDRO II.

El emperador actual del Brasil ha nacido el 2 de diciembre de 1825, de consiguiente acaba de entrar en los 38 años de su edad. Su estatura es alta, su porte majestuosamente severo, templado por la benevolencia de su mirada. En suma don Pedro es lo que vulgarmente se llama *un buen mozo*, y además es uno de los hombres mas instruidos de su imperio. Sus títulos son los de EMPERADOR CONSTITUCIONAL Y DEFENSOR PERPETUO DEL BRASIL. Tiene seis ministros responsables. Un senado vitalicio, una cámara temporal, componen el Parlamento. Los decretos del emperador se encabezan en la fórmula siguiente: DON PEDRO II por la gracia de Dios y la unánime aclamacion de los pueblos, etc., etc.

Muy diferente de su padre don Pedro I, cuyo genio batallador y turbulento carácter no se avenian con el reposo, don Pedro II es aficionado al estudio. Consagra á él todos los instantes que no le ocupan los negocios del imperio. Fundador del *Instituto histórico y geográfico*, se hace notar entre todos los miembros de esta Sociedad por su puntualidad y asistencia en sus trabajos. Mas de una vez le ha sucedido leer memorias de gran interés. Gracias á una aptitud particular y á una constante aplicacion, don Pedro II habla casi todos los idiomas de Europa. Mas feliz que Ennio que pretendia tener tres corazones, porque hablaba tres lenguas, el griego, el osco y latin, el monarca brasileño posee cinco idiomas, verdad es que cuentan de Mitridates que sabia el idioma de veinte y cinco naciones que le obedecian. En una palabra, don Pedro es un distinguido polígloto y se aprovecha de esta ventaja para estar al corriente de cuanto se publica en Europa y en América.

El emperador del Brasil es el monarca mas accesible. No tiene ni guardias de corps, ni edecanes, ni maestro de ceremonias que se interpongan entre él y sus súbditos. Ha tenido el buen talento de suprimir la etiqueta, y ni aun se necesita para verle su permiso. Dos veces por semana, miércoles y sábados, recibe á todo el mundo individualmente, y cualquiera puede ir á palacio. Se aguarda de pié en una galería á que á cada uno, brasileño ó extranjero, le toque su vez para entrar. Su majestad da su mano á besar á los que se la piden y escucha á todos con la mayor benevolencia.

La galería cubierta, la ausencia de todo ceremonial, ha

ce recordar los tiempos en que los primitivos reyes administraban justicia á sus súbditos debajo de un árbol. ¡Cuántos presidentes de cámara y ministros hay en Europa que no hacen otro tanto! En su palacio no hay funciones por lo módico de su asignación, que es de ochocientos cuentos de reis, ó sean dos millones cuatrocientos mil francos. No se puede vivir muy desahogadamente con esta suma, y menos abrir sus salones á bailes ni fiestas; tanto mas cuanto que el emperador y la emperatriz son personalmente muy caritativos.

II

LA SOCIEDAD BRASILEÑA.

Muchas personas marchan al Brasil á hacer fortuna, y creen los abogados y los médicos encontrar allí un tesoro; pero solo progresan los que tienen un estado manual ó trafican en cualquier género. No hay que hablar de las minas, porque el fatigante calor que cae de un cielo constantemente abrasado hace fundir las resoluciones mas robustas y detiene á los obreros mas intrépidos. Además, las principales minas del distrito *diamantino* pertenecen á una compañía inglesa que se muestra muy celosa de su privilegio. La instrucción es débil socorro del Brasil y los que no sepan empaquetar bien mercaderías y presentarlas con arte, están perdidos. Tampoco tienen el recurso de ponerse á servir, porque todas las funciones del servicio doméstico interior estan esclusivamente reservadas á los negros esclavos.

Los peluqueros y las modistas son los que hacen excelentes negocios. Un peluquero que ocupó el puesto de primer barbero de S. M. don Pedro I dejó á su muerte una fortuna de muchos millones.

Entre las hábiles modistas que fueron de París, una linda parisiense inspiró una violenta pasión al corazón de un millonario brasileño. Aquel millonario era un hombre magnífico, pero desgraciadamente el color de su piel se parecia á ébano. El adorador de Mad. Iselle Irena era un negro. No atreviéndose éste á declarar por sí mismo sus pretensiones hizo transmitir á la joven sus proposiciones de casamiento. Grande fué el escándalo y las risotadas que causó en el almacén de las modistas. Nunca jamás se ha visto en el Brasil casarse á un blanco con una negra, con mayor razón á una blanca consentir en unir legalmente su destino al de un negro.

Sin embargo ¿un negro que posee un millon, es verdaderamente tan negro como sus hermanos de Africa? Esta cuestion se propuso Irena, y á fuerza de darle vueltas la resolvió negativamente. Una modista ambiciosa no tiene preocupaciones y desafiando las burlas de sus compañeras, la parisiense se decidió á colmar los deseos de su adorador. Imaginábase la coqueta que sometería su voluntad y capricho á un hombre bastante enamorado para reconocerle una dote de ciento cincuenta mil francos. Contaba con su hermosura, su gracia y gentileza para establecer sólidamente su imperio, un imperio absoluto en un corazón que se arrastraba á sus pies.

Bellos fueron los sueños de Irena. Muellemente tendida en una brillante carretela cubierta de blondas, alhajas y diamantes, la ex-modista emprendió reducir al silencio á las lenguas envidiosas que aseguraban que su lujo olía á *catin-ga*, ese olor *sui generis* de los africanos. Animándose en la lucha mostrábase la parisiense radiante de orgullo, soberbia

de desden, pasando en carruaje por delante de su tienda de la calle de Ouvidor. Poco á poco fueron siendo mas raras sus apariciones, y por último no se la volvió ya á ver. Súpose que la brutalidad africana domesticada por algun tiempo acababa decididamente de romper sus cadenas.

Trasportada repentina y silenciosamente en medio de un desierto por un motivo cualquiera de disgusto dado á su señor, y aun lejos de toda protección, Irena tuvo tiempo de maldecir sus veleidades de ambición y los tiempos de su loca vanidad. Cuando el millonario volvió solo á Rio-Janeiro declaró que á su mujer la había picado un *cascabel* (serpiente de campanillas). Arrancada á la muerte, sin embargo, pero no curada radicalmente, Irena sufrió desde entonces las fatales consecuencias de la absorción del veneno: arrastra una vida miserable y rehusa absolutamente volver á la ciudad.

Tal es la historia de las grandezas y decadencia de una modista francesa en Rio-Janeiro.

En el Brasil se siguen las modas francesas y se exageran. Mas de una señora vende su *nucama* (doncella negra) favorita para proporcionarse un traje parecido á los que representan los diarios de modas de París, y las señoras y sus maridos que gastan riquezas inmensas en alhajas y trapos no tienen alma para hacer el menor gasto para procurarse profesores distinguidos que los instruyan.

El Estado mismo es indiferente á la suerte de las generaciones futuras y no encuentra dinero para fundar una casa de enseñanza profesional para las jóvenes. Algunos hombres amantes de su país trataron de establecer una academia de bellas artes que mantiene cinco profesores, que cuesta al Estado doscientos mil francos, y que no se puede decir que vive porque aunque existe desde 1858, no tiene mas que tres discípulos. Los brasileños tienen una imaginación viva y una vanidad imponderable. Quisieran saberlo todo, y lo sabrían en efecto si se les pudiese enseñar sin estudiar.

Esta vanidad que es como una sombría susceptibilidad y una ridícula superstición, una herencia de los antiguos conquistadores, se manifiesta algunas veces de un modo verdaderamente grotesco.

La emperatriz Leopoldina, que se habia casado con don Pedro I, esa mujer de tanto corazón, cazaba un día en la provincia de Minas-Geraes. Sorprendida por el mal tiempo buscó un refugio con su comitiva en una *facenda* inmediata. Según la costumbre bíblica que se ha conservado en el Brasil, se preparó todo lo necesario para lavarla los pies. Ordinariamente á el ama de la casa incumbe este cuidado. Pero el ama de la *facenda* no podia olvidar el color de su rostro. Esta señora que no se avergonzaba de no saber ni leer ni escribir, se hubiera creído deshonrada si hubiese lavado los pies á una blanca, aunque esta blanca fuese su soberana. Leopoldina esperaba que cumplieran con ella este primer deber de la hospitalidad. El *facendeiro* tenia por vecina en el campo á una rica mulata. A esta mulata enviaron á llamar inmediatamente y reemplazó á la señora blanca en las funciones que la orgullosa criatura habia creído de su dignidad repudiar.

Lo mas fuerte viene ahora.

Queriendo recompensar á la mulata la excelente Leopoldina le presentó una sortija que sacó de su dedo. La blanca se imaginó que la emperatriz la hacia una afrenta. Adelantando atrevidamente la mano que interceptó la sortija al paso.

—Una sortija, dijo, que ha pertenecido á V. M. I. no puede adornar el dedo de una mujer de color. Con permiso de vuestra majestad guardaré esta sortija en recuerdo del honor que la emperatriz del Brasil se ha dignado hacer á nuestra casa.

La población de Rio-Janeiro es una mezcla de todas las nacionalidades. Se recluta anualmente en Portugal, en Francia, en Inglaterra, en España, en Italia, en Grecia, en Suecia y hasta en Rusia. Las islas Azores y el archipiélago de Cabo Verde no dejan de enviar el exceso de sus habitantes, que no



Vista de Rio-Janeiro.

son ni los mas morales é instruidos de la antigua colonia portuguesa. El comercio ocupa el primer lugar entre las industrias diversas que pueden ejercer los emigrados. A los ojos de los brasilenos todos los negociantes tienen gran valor sin esceptuar los prestamistas sobre prendas y vendedores de esclavos. Las especulaciones sobre los talismanes

y las mayores fruslerias son tan honradas como el tráfico de la seda, de las bananas y de las agujas. Preciso es decirlo, semejante apreciacion es racional, en un pueblo que todo lo debe al comercio y que falto de fábricas y de literatura nacionales recibe de Europa á cambio de sus cafés, de sus brillantes, y de sus algodones, los vestidos con que se cubren,

el vino que beben, los lujosos muebles que adornan sus casas, los libros que le comunican las conquistas de la industria y los progresos de las artes, y hasta las novelas, hasta las comedias que le revela divirtiéndole las elegantes costumbres de una civilización mas avanzada. ¿Porqué habian de establecer distincion los brasileños en el mayor ó menor valor de los objetos que se les venden, cuando cada uno de estos objetos cualquiera que sea, representa para ellos una suma de bienestar que hasta entonces les ha faltado?

III.

FUNERALES DEL BRASIL.

Los funerales representan un lado de la vida de las naciones, y el estudio de las costumbres brasileñas con respecto á la muerte interesará á nuestros lectores. En el Brasil la dimension del atahud, su color, la distancia de las rayas ó



Entierro brasileño.

galones entre sí, precisan la edad, el estado y el sexo de los que allí van encerrados.

Las tablas fúnebres están pintadas con un color bajo, el color lila, para una señorita de veinte á veinte y cinco años. Para un hombre ó una mujer, como para un viudo, el fondo es amarillo cortado por listas negras. Pero en este caso todavía hay una notable diferencia, que consiste en la distancia de las listas negras entre sí. Esta distancia es de un *pañó* para las mujeres, y de *dos dedos* únicamente para los hombres. Por último, se coloca un niño de corta edad en un atahud encarnado rayado con listas de oro. Todo esto se comprende que es emblemático. El matiz lila menos pronunciado que el color blanco de la corona de azahar, debe recordar el pensamiento velado, sencillo, de la doncella. El fondo amarillo para el hombre y para la mujer tiende á despertar ideas poco conformes á la gravedad de las circunstancias.

¿Cuál es la razón de esta diferencia en la posición de las listas negras? El color negro es en el Brasil como en España, el emblema del luto, de la miseria, del dolor. La distancia de las listas es de un paño para las mujeres, y de dos dedos únicamente para los hombres, sirve para caracterizar el destino en el matrimonio de cada uno de los cónyuges? En este caso las listas negras mas numerosas para el esposo,

indicarian que su parte de penas en el matrimonio ha sido mas grande.

En el Brasil, así como entre nosotros, los entierros dan á las familias ocasion de satisfacer una lamentable vanidad. Seis enterradores siguen á caballo el atahud, vestidos con una librea encarnada y tiras negras. Los entierros de los ricos, sigue detrás una fila de carruajes llenos de hombres con guante blanco, llevando en la mano pañuelos que agitan con galantería delante de los balcones, donde están las señoras fumando sus cigarros.

Antes los funerales de las personas se verificaban de noche á la luz de gran número de antorchas.

Las iglesias han servido, hasta hace muy poco, de lugar de sepultura, las familias ricas poseían las unas bóvedas y otras unas especies de cajones de mármol, sobrepuestos unos á otros á manera de armarios ó cómodas que recibían los cuerpos. Con este motivo, se cuenta una aventura muy extraordinaria. Una jóven, viuda hacia cinco años, no tenía mas que una niña en la que se concentraban todas sus afeciones. Aquella niña, cuyos caprichos todos se satisfacían en cuanto los anunciaba, tenía un carácter detestable. Su abuelo, que era el que mas la mimaba, se negó un día á satisfacerle un capricho extravagante. Quería la niña un coco, AÑO XXII. 3.

SEGUNDA SERIE.—1864.